

Schelling en llamar idea á lo que éste denomina absoluto, y en la posesión de mayor caudal de cultura, que si le sirvió para desarrollar un sistema mucho más completo, no le preservó, sin embargo, de la obscuridad. Cuéntase que, en su lecho de muerte, dijo que nadie le había entendido más que una sola persona, y que aun ésta le había comprendido mal. Y en efecto, fuera de su saber positivo, que vierte á trechos en su largo y soporífero viaje por las estériles cumbres de la ideología, son muy pocas las proposiciones inteligibles que pueden sacarse de su sistema.

Lo absoluto, dice, es la idea, cuyo proceso dinámico expresan la tesis, la antítesis y la síntesis, y cuyos tres movimientos—la idea en sí, la idea fuera de sí y la idea para sí—estudian respectivamente la Lógica, la Filosofía de la naturaleza y la Filosofía del espíritu. En la Lógica, la idea se determina como sér abstracto, como sér concreto y como noción. La naturaleza es la idea exteriorizada, el concepto hecho exterior á sí mismo. El Espíritu es la verdad de la naturaleza, la resolución de lo exterior en interior, la identificación de la idea consigo misma, y se distingue en teórico, ó inteligencia, y práctico, ó voluntad. La voluntad libre, en cuanto realidad objetiva, se llama derecho, cuyo mandato, dice: sé persona y trata á tus semejantes como personas. En la unidad de la voluntad subjetiva y de la voluntad general consiste el bien, y de la identidad de éste con la voluntad nacen las buenas costumbres, por las que el bien se eleva á institución moral y la moralidad se transforma en *bondad de carácter, sentido ó espíritu moral*. La bondad, en su forma más simple, existe en la familia, originada del matrimonio, relación fundada en el contraste de los sexos, en la comunión de derecho, de amor y de fe mutua. De la reunión de familias nace la sociedad civil, la cual se cambia en Estado cuando el interés de los individuos se subordina á la idea de un todo moral. El Estado ideal de Hegel es el que da participación al pueblo en la vida pública, unifica la nación y el ejército hasta donde es posible, y concede á los ayuntamientos la facultad de administrar sus intereses particulares. Los Estados, en cuanto individuos, refluyen en la corriente de la Historia universal, cuyo desarrollo suele estar ligado á un pueblo dominante, protagonista durante un período, y alrededor del cual se mueven los demás como testigos y cortesanos suyos.

El espíritu, volviendo de la esfera de lo objetivo á la idealidad del conocer, es lo absoluto, que se manifiesta inmediatamente en la intuición sensible como belleza y como arte. A la belleza, aparición de la idea en un medio sensible, concurren siempre dos factores, el pensamiento y la materia, y de la varia manera de combinarse estos factores nacen las diferentes formas del arte, á saber: simbólica, en que el pensamiento predomina sobre la materia; clásica, en que la idea y la materia se armonizan; romántica, en que predomina el espíritu trocándose la materia en *mera apariencia y signo*. A la forma simbólica pertenece la arquitectura; á la clásica, la escultura; á la romántica, la pintura, que expresa la vida del alma. La música prescinde por completo del espacio, y la poesía es el arte sinté-

tico, que puede expresarlo y representarlo todo. La poesía sirve como de puente para pasar á la religión, en que la conciencia alcanza, mediante representación ó sentimiento, la verdad absoluta. La religión, en su desenvolvimiento histórico, comprende tres fases: religiones naturalistas de Oriente, que conciben á Dios como naturaleza; religiones que se representan á Dios como sujeto, la judía, la griega y la romana, religiones de lo sublime, de lo bello y de la finalidad respectivamente; la religión absoluta, la cristiana, en que se realiza la unidad entre Dios y el mundo.

No menos ideólogo y de lenguaje más estrambótico aun que Hegel, fué su contemporáneo Carlos Krause (mil setecientos ochenta y uno á mil ochocientos treinta y tres), el más ilustre representante del sistema llamado realismo nacional, que trae de nuevo un gran sentido de observación y la tendencia á apoyarse en las ciencias naturales, si bien vicia estos elementos con atrevidas fantasías y un espiritualismo místico. Poco conocido en Alemania, á causa de su obscuridad sin duda, este sistema alcanzó gran boga en Bélgica, merced á la claridad con que supo exponerlo Tiberghien, y en España, en donde lo importara el inolvidable maestro don Julián Sanz del Río.

En la obra filosófica de Krause, que divide en analítica y sintética, es de mérito sobresaliente la primera, en la que hace, sin más guía que la observación interna, un análisis concienzudo de las funciones y operaciones del espíritu humano, el yo. Discierne en este tres facultades: el conocimiento, relación de distinción entre el sujeto y el objeto, que conduce á la verdad; el sentimiento, relación de totalidad, acompañada de placer ó de dolor; la voluntad, relación de libre causalidad, para la realización del bien. En el conocimiento distingue el sensible, ya externo, que adquirimos por los sentidos corporales, ya interno, que adquirimos por la fantasía, y el inteligible, en sus cuatro grados de abstracto, inteligible puro, racional y absoluto. El conocimiento sensible nos muestra cómo el objeto nos aparece; el abstracto, cómo nos aparece comunmente; el inteligible puro, lo que es esencialmente; el racional, lo que es en su fundamento; el absoluto, lo que es absolutamente. Todo esto es muy sutil. El objeto del conocimiento puede ser el yo ó sus propiedades, y entonces se llama inmanente, ó los otros seres fuera de mí, transiente. El pensamiento de lo otro que yo no puedo explicarme por mi conciencia, que sólo me dice lo que yo soy; se requiere para esta relación un fundamento, que lo hallamos en el conocimiento del sér, mediante el que «me pienso y pienso racionalmente todas las cosas». El sentimiento se divide del mismo modo que el conocimiento, y conduce también á la comunicación con Dios. Por la voluntad yo me muevo autónomamente á realizar el bien, conforme á la ley: «quiere y practica pura y simplemente el bien».

La sintética es una construcción puramente subjetiva, siendo lo más notable y verdadero de ella la manera de concebir la religión, la moral y el derecho. Religión es la unión personal del hombre con Dios. Esta intimidad se manifiesta, de parte del hombre, por la

oración; de parte de Dios, por la gracia. Dios es el ideal de todo bien, que el hombre tiene el deber de realizar: el hábito de obrar el bien se llama virtud. La posibilidad del mal nace de la finitud de los seres. La manifestación de la esencia divina en la vida es lo que denominamos belleza, que el hombre realiza mediante el arte. «El conjunto de condiciones internas y externas, dependientes de la voluntad humana, necesarias para el cumplimiento del destino del hombre», es el derecho, distinto de la moral en que ésta abarca el aspecto externo de la vida y tiene en cuenta la intención, al paso que aquél se limita al aspecto interno y sólo atiende á las condiciones que lo favorecen. Órgano del derecho es el Estado, que no debe confundirse con la sociedad, unión para todos los fines humanos. Las asociaciones para el cultivo de todos los fines humanos constituyen personas superiores, tales como la familia, el municipio, la nación y la humanidad. Dentro de éstas se forman las asociaciones particulares para el cultivo de un fin especial, como la Iglesia, la universidad, la academia, el círculo y otras. El Estado, como órgano del derecho, debe proveer de condiciones á todas las esferas sociales mediante los poderes públicos, legislativo, judicial y ejecutivo, presididos por un poder moderador. El modo de ejercerse estos poderes constituye las formas de gobierno, monarquía, aristocracia ó democracia, que varían según la cultura de los pueblos.

Aunque nacido en Bruselas, Schleiermacher (mil setecientos sesenta y ocho á mil ochocientos treinta y cuatro), fué profesor en Berlín; donde recibió la influencia de Leibnitz, Kant, Fichte y Schelling, y por esto tiene lugar propio en la serie de los pensadores alemanes. No carece de originalidad. De la idea de saber, que analiza, deduce que el saber se produce necesariamente de la misma manera en todos los hombres, por tener todos la misma inteligencia y el mismo organismo, y que es real, implicando la conformidad entre el pensamiento y el ser. Las existencias particulares, expresión fenomenal, no tienen con el principio más relación que la de dependencia. Por la armonía de nuestra organización con la totalidad de las existencias, percibimos verdaderamente el ser real, que conforma, mediante el juicio, con el sistema de conceptos racionales. Nuestro pensamiento no puede abarcarlo todo. Dios está en una esfera que ninguna ciencia puede abarcar enteramente, como tampoco ciencia alguna puede conocer la totalidad de las cosas, el organismo universal más que por aproximación. De la misma manera que Kant, Schleiermacher reconoce gran influencia á la conciencia moral sobre el saber teórico. El principio dominante de su moral es que el individuo entre en comunidad de existencia y se dé entero á la sociedad sin reservarse más que su personalidad. La religión es la conciencia de nuestra absoluta dependencia de Dios; su forma más perfecta, el monoteísmo, y del monoteísmo, el cristianismo.

Es muy de notar que todos estos sistemas presentan, sobre las diferencias que los separan, un rasgo común: suma endebles en la parte científica, gran solidez en la parte

moral. En la investigación científica, ó conducen al escepticismo, como Kant, ó se desvanecen en una ideología abstrusa y huera, como Hegel. En cambio, tocante á la conducta, se elevan á una pureza de fin tan alto y juntamente tan firme, que basta para devolver la realidad á los conceptos que la inteligencia dejara en el aire. Más que sistemas de filosofía, debieran llamarse sistemas de moral. ¿Por qué esto? Por influencia de la sociedad. En esta época, el pueblo alemán, caído, desalentado, disgustado del presente, sin esperanza en lo porvenir, no figuró para nada, como sabemos, en el campo de la política. Para que aquel pueblo se levantara y ejerciera en la vida de las naciones el papel que por su importancia le correspondía, era menester dotarle de un ideal y de una voluntad, y á esta necesidad obedecieron sin saberlo estos filósofos, poniendo en sus sistemas por cima de todo la razón práctica, la actividad operante. Por este modo crearon para Alemania un mundo ideal nuevo y efectuaron una evolución intelectual y moral, no menos importante que las políticas cumplidas en Inglaterra y Francia. Reuniendo á los alemanes en una patria y nación ideales, prepararon la reunión económica y política que había de realizarse en la segunda mitad del siglo. Mas en el cumplimiento de esta función, eclipsa á todos los filósofos de que acabamos de hablar, el pesimista Schopenhauer (mil setecientos ochenta y ocho á mil ochocientos sesenta), considerado como legítimo representante y dechado de las aspiraciones de Alemania en el decenio de mil ochocientos veinte á mil ochocientos treinta. Por esto importa exponer con alguna extensión los pensamientos que forman la urdimbre de un sistema.

En la teoría del conocimiento, Schopenhauer sigue fielmente las huellas de Kant, su maestro. «El mundo es mi representación»; he aquí la gran verdad que toma como punto de partida. «La representación, dice, es lo que distingue mi método de todos los demás ensayos filosóficos, los cuales, partiendo del sujeto ó del objeto, tratan de explicar el uno por el otro, al paso que yo sustraigo al imperio de este principio la relación de sujeto á objeto y no dejo bajo él más que el objeto». Si el mundo es mi representación, se sigue que la verdadera teoría del conocimiento es el idealismo puro, mas no el empírico, sino el trascendental, que deja intacta la realidad empírica del mundo. «Tenía, dice, delante de mí dos cuerpos, de formas agradables á la vista: el uno, un vaso de jaspe guarnecido de oro; el otro, un cuerpo organizado, un hombre. Después de haberlos admirado por fuera, rogué al genio que me acompañaba me permitiera verlos por dentro. En el vaso, no encontré más que la pesantez y no sé qué oscura tendencia entre sus partes, que he oído designar con el nombre de cohesión. Mas cuando penetré en el otro objeto, ¡qué sorpresa! ¿Cómo referir lo que ví? En el seno de este objeto, ó más bien, en la parte superior, llamada cabeza, hallé el mismo mundo, con la inmensidad del espacio en que está contenido, la inmensidad del tiempo en que todo se mueve, la prodigiosa variedad de cosas que llenan el tiempo y el espacio, y lo que casi es insensato decir, me ví á mí mismo yendo y viniendo...

He aquí lo que descubrí en este objeto del tamaño de un fruto grueso y que el verdugo puede hacer caer de un solo golpe, sumergiendo en la noche el mundo que está encerrado dentro». Consiguientemente, el tiempo, el espacio y la causalidad son formas subjetivas del conocimiento.

La verdad «el mundo es mi representación», se completa con esta otra: «el mundo es mi voluntad». El desarrollo de esta segunda verdad es lo verdaderamente original del sistema de Schopenhauer. Si el hombre no fuera más que un sér pensante, «una cabeza de ángel alada y sin cuerpo», el mundo no se le aparecería más que como representación; «pero el hombre tiene su raíz en este mundo, se encuentra en él como individuo, su conocimiento depende de su cuerpo, el cual no es solamente una representación entre otras, sino que se le ofrece de dos maneras distintas: como un objeto entre otros, sometido en tal respecto á las leyes objetivas, y como lo que cada uno conoce inmediatamente, lo que se expresa con la palabra voluntad». El fondo de nuestro sér es la voluntad; su manifestación inmediata, el cuerpo. Para Schopenhauer, voluntad es casi sinónimo de fuerza. «Hasta aquí, el concepto voluntad ha sido referido al concepto fuerza; yo hago lo contrario, considero toda fuerza natural como una voluntad». Así entendida, la voluntad es inconsciente por esencia, consciente por accidente, de donde la distinción entre la voluntad tomada en general y la voluntad determinada por motivos. La voluntad es lo primero; el organismo, lo segundo; el pensamiento, función del cerebro, lo tercero. Esencia interna y única del mundo, la voluntad se manifiesta en el reino inorgánico como causa, en el vegetal como excitación, en el animal como motivo. Cuando la voluntad, inconscia y ciega en el animal, llega en su evolución al punto en que el individuo no puede, por la complejidad de su vida, nutrirse ni multiplicarse por sola la excitación, los movimientos se efectúan por motivos y aparece la inteligencia, á título de puro mecanismo. «Con este mecanismo surge de un solo golpe el mundo como representación, con todas sus formas de sujeto, objeto, tiempo, espacio, causalidad y pluralidad. La voluntad pasa de las tinieblas á la luz». Para Schopenhauer, la voluntad es á la vez absolutamente libre como cosa en sí, y absolutamente necesitada como fenómeno; la materia, idéntica á la fuerza, é idénticas, por consiguiente, las causas eficientes y las finales, con lo que pone fin á la cuestión entre el finalismo y el mecanismo.

A continuación, estudia Schopenhauer el arte, que es una purificación, y luego pasa á la moral, la parte más original de su filosofía. La voluntad, que considerada en sí misma es un deseo ciego é inconsciente de vivir, al llegar en el cerebro humano á la clara conciencia de sí misma, se encuentra con esta alternativa: ó querer con plena conciencia lo que antes sólo había querido con ciego apetito, que es la afirmación del querer vivir, ó comprendiendo que el mundo es una ilusión y la vida un dolor, negarse á sí propia, negarse á vivir. Esta antítesis entre la afirmación y la negación del querer vivir es el punto

más elevado de la moral de Schopenhauer, y por el que clasifica las acciones humanas. Las afirmaciones ardientes del querer vivir es el egoísmo, fuente de la maldad y del vicio. Sólo reconociendo que el yo no es nada, que todos los seres son idénticos, se entra en el dominio de la moral, que tiene por base la piedad y la caridad, y por punto culminante, el ascetismo, la negación del querer vivir, cuyo grado más alto es la castidad voluntaria y absoluta. Pasa á estudiar el amor, que tiene su razón de ser en el instinto sexual; por objeto, la procreación de un cierto y determinado sér. «La pasión creciente de dos amantes no es otra cosa que la voluntad de vivir del nuevo individuo que ellos pueden y quieren procrear». La existencia de la especie es el fin del amor. El trabajo que se toma el hombre por la posesión de una mujer; con frecuencia á despecho de la razón, por el crimen, el adulterio y la violencia, le es impuesta por la voluntad soberana de la especie.

«El amor es un gran criminal, porque al perpetuar la vida perpetúa el dolor». Con esto entra Schopenhauer á exponer su pesimismo, que profesa como una conclusión filosófica, fundado en que «todo placer es negativo y que sólo el dolor es positivo». «La vida es por su esencia un dolor, y cuanto más elevado es el sér, más sufre. El hombre sufre más que el animal, y el hombre de genio más que el ordinario. La vida es, en suma, una caza constante, la guerra de todos contra todos, una especie de historia del dolor, que se resume en querer sin motivo, sufrir de continuo, luchar siempre y, al cabo, morir». Siendo el mundo tan malo, lo mejor es no sér, mas ¿cómo llegar á este anonadamiento? ¿Por el suicidio? No, porque el suicida quiere realmente la vida, lo que no quiere es el dolor. El único modo de llegar á la aniquilación es el conocimiento. Al llegar la voluntad á la plena conciencia de sí misma en el cerebro humano, en que pueda afirmar la vida ó negarla, si elige lo segundo, entramos en el reino de la gracia, como dicen los místicos, en el mundo moral, donde la virtud comienza por la caridad y la piedad, acaba por el ascetismo y conduce á la liberación perfecta, al nirvana, «euthanasia de la voluntad», estado de perfecta indiferencia, en que el sujeto y el objeto desaparecen y ya no hay más voluntad, ni más representación, ni más mundo. Este pesimismo, última palabra de la filosofía de Schopenhauer, nos pinta el estado intelectual y material del pueblo alemán, á despecho de todos los hosannas y panegíricos, con tristes y sombrías tintas.

Por debajo de estas aparatosas construcciones filosóficas, iban haciendo camino, callada, pero con seguro paso, las ciencias naturales, que en el decenio de mil ochocientos veinte á mil ochocientos treinta alcanzaron gran boga en Alemania, apartando á los espíritus de la cavilaciones metafísicas, propias de un estado intelectual, social y político circunscrito á estrechos límites, y abriendo á la investigación nuevos derroteros. Este cambio se advierte ya en Schopenhauer, en cuyas concepciones entraron por mucho las ciencias de observación, y aparece en Herbart (mil setecientos setenta y seis á mil ochocientos cuarenta y uno) como el fundamento de lo que hay de original en su sistema, la